

Sartre por Safranski

PILAR GÓMEZ RODRÍGUEZ

Durante décadas, Sartre no fue el Sartre que creemos conocer. En *Ser único* —el último libro de Rüdiger Safranski publicado por Tusquets— el ensayista recoge la perspectiva inédita de un primer Sartre que solo después de su participación en la Segunda Guerra Mundial quiso dejar de ser «aire» y lanzarse al barro del compromiso político. Así se lo contaba a su compañera, la «necesaria» Simone de Beauvoir al volver del frente. Safranski deja para el final de su capítulo la escena del reencuentro en la que ella «apenas le reconoce». No le sorprende la acostumbrada vehemencia, sino el nuevo alcance de sus normas, su «moralismo», como lo llama Beauvoir. Dice esta: «Sartre había afirmado siempre imperiosamente sus ideas, sus rechazos, sus preferencias a la vez en sus palabras y en sus conductas, pero nunca las expresaba bajo forma de máximas universales (...). Aquella primera noche me sorprendió también de otra manera: si había vuelto a París no era para gozar de las dulzuras de la libertad, sino para actuar (...), había que romper ese aislamiento, unirse, organizar la resistencia».

Antes de la guerra, Sartre estaba ensimismado con los ecos de una nueva filosofía, la fenomenología, que llegaba de Alemania. Allí marchó, pero una cosa era la calle y otra el estudio: el nazismo lo había cogido por sorpresa, la guerra lo había cogido por sorpresa y allí se encontraba, en medio de la contienda, arrojado al mundo «soldadesco», donde afirma Safranski: «se conformó con un ‘estoicismo’ que lo blindaba frente a la realidad político-social y le permitía cultivar su individualidad».

Más tarde Sartre haría autocrítica. El Sartre que vendría, uno de los más vivos ejemplares del intelectual comprometido, iba a defender que había que ser uno con la época ya que, de alguna manera, uno es responsable de la misma y debe hacerse cargo. Lo contrario es excusa, mala fe, falta de autenticidad. Sartre da su gran salto en el momento en que abraza la historicidad no para aislarse o defenderse de la misma, sino para ser uno con ella. De ese modo se hace «auténtico», dejará de ser «planta aérea» y bajará al terreno. En las páginas finales del capítulo, recoge Safranski esta reveladora cita de Sartre: «He entendido que la libertad (...) presupone una profunda radicación en el mundo. Pero esto es más fácil de decir que de hacer cuando uno tiene treinta y cuatro años, cuando estás desconectado de todo y eres una planta aérea. Todo lo que puedo hacer en el presente instante es criticar esta libertad en el aire, que me he proporcionado persistentemente, y atenerme con firmeza el principio de que es necesario estar radicado (...). Hay que ser de barro y yo soy de aire».

Ir al artículo completo

